

ANDY McDERMOTT  
LA PIRÁMIDE  
DE OSIRIS

Título original: *The Cult of Osiris*  
Editado en Gran Bretaña en 2009 por  
HEADLINE PUBLISHING GROUP  
An Hachette UK Company

Primera edición: 2014

© Andy McDermott, 2009  
© traducción: Alejandro Pareja, 2014  
© de esta edición: Bóveda, 2014  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)  
ISBN: 978-84-15497-59-2  
Depósito legal: SE. 1201-2014  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	11
1 .....	38
2 .....	58
3 .....	78
4 .....	94
5 .....	129
6 .....	145
7 .....	169
8 .....	183
9 .....	196
10 .....	210
11 .....	219
12 .....	241
13 .....	252
14 .....	268
15 .....	280
16 .....	299
17 .....	314

18	325
19	340
20	353
21	369
22	395
23	415
24	428
25	442
26	459
27	475
28	493
29	522
30	539
31	555
EPÍLOGO	582

*Para mi familia y mis amigos*



## PRÓLOGO

Guiza (Egipto)

**L**A GRAN ESFINGE CONTEMPLABA CON ROSTRO IMPASIBLE, deteriorado por el tiempo, a Macy Sharif, que caminaba entre sus garras de piedra inmensas. Macy, a su vez, no se dignaba dirigir una sola mirada al antiguo monumento. Ya llevaba allí dos semanas, y la esfinge y las pirámides, que al principio le habían parecido unas maravillas imponentes, habían pasado a ser simples decorados de fondo de un trabajo que no le había salido ni mucho menos a la altura de sus expectativas. Durante la primera semana había hecho centenares de fotos digitales y de vídeos, pero llevaba días sin tocar la cámara, que ya no le servía más que de peso muerto en el bolsillo.

¿Cómo era posible que Egipto, precisamente Egipto, la hubiera desilusionado de una manera tan total? Había oído desde su infancia los relatos que contaba su abuelo sobre la tierra donde había nacido; relatos que hablaban de reyes y de reinas, del bien y del mal, en un país lleno de maravillas, y unos relatos que eran mejores que cualquier cuento de hadas porque, además, eran verdaderos. Era un mundo exótico, román-



tico, lo más opuesto que podía imaginarse Macy al Cayo Vizcaíno de Miami, donde vivía gente adinerada, y ya de niña había tomado la determinación de llegar a conocerlo en persona algún día.

Pero la realidad no había estado a la altura de su sueño.

Dejó de caminar y buscó con la vista en los cobertizos que estaban junto a la garra derecha de la esfinge. Seguía sin ver ningún indicio de Berkeley.

Echó una mirada a su reloj. Casi las ocho y cuarto de la tarde. A esa hora comenzaría la reunión diaria por videoconferencia del jefe de la expedición con la Agencia Internacional del Patrimonio, de Nueva York, con lo que Macy contaría con menos tiempo todavía para alcanzar a Berkeley del que había esperado. A las ocho y media empezaría el espectáculo de luz y sonido de todas las noches, una exhibición estridente en la que se iluminaban las pirámides y la esfinge con focos de colores y con láseres. Berkeley y los miembros más destacados del equipo de arqueólogos siempre se marchaban en cuanto los altavoces retumbaban con los primeros acordes, dejando a los subordinados y a los jornaleros del país la labor mecánica de recoger las cosas y proteger la excavación.

Macy ni siquiera tenía claro si Berkeley la consideraba a ella una subordinada del equipo o una simple jornalera. Sí, era verdad que le faltaban dos años más de estudios para licenciarse, y puede que tampoco fuera precisamente la primera de la clase; pero no por ello dejaba de ser arqueóloga, más o menos. ¿Acaso no tenía derecho a hacer algo más que preparar café y acarrear escombros?

Siguió caminando. La luz de los focos que se reflejaba en el rostro de la esfinge bañaba de tonos anaranjados la piel aceitunada clara de Macy. Aunque llevaba apellido egipcio, se apreciaba en su aspecto el origen cubano de su madre. Se de-



tuvo para ponerse en orden la coleta, y siguió parada al oír las voces apagadas de varias personas que rodeaban la garra gigante. Vio salir de la excavación al jefe del equipo. La primera vez que había visto al doctor Logan Berkeley lo había considerado atractivo, dentro del estilo profesoral: de unos treinta y cinco años, con un buen flequillo de pelo castaño sobre la frente, rasgos refinados... Pero entonces Berkeley había abierto la boca y se había desvelado como el capullo arrogante que era.

Podía aplicar igualmente esta descripción a los otros dos hombres que lo acompañaban. Paul Metz, productor de televisión, era bajito, rechoncho y barbudo, y tenía unos ojos de lujuria que clavaba con frecuencia en Macy, para disgusto de esta. A Macy le gustaba que los hombres se fijaran en ella, desde luego..., pero no todos.

El otro hombre era egipcio. El doctor Iabi Hamdi era alto funcionario del Consejo Supremo de Antigüedades, el órgano del Gobierno egipcio que controlaba todas las actividades arqueológicas en el país. Hamdi, barrigudo y de cabellos ralos, era teóricamente el director de la excavación, pero al parecer se contentaba con dejar a Berkeley trabajar a sus anchas, mientras él se preocupaba más bien de aparecer ante las cámaras de televisión. A Macy no le extrañaría nada que, cuando se presentara al mundo por fin el Salón de los Registros, que se había tenido por un mito durante tanto tiempo, Hamdi se plantara ante los objetivos para jactarse del papel fundamental que había desempeñado él en el descubrimiento.

Lo que debatían en ese momento era precisamente esa retransmisión.

—Entonces, ¿está usted *ab-so-lu-ta-men-te* seguro, al cien por cien, de que conseguirá abrir la puerta en el momento preciso? —preguntaba Metz con un tono de voz que daba a entender su escepticismo.

—Por última vez: abriremos la entrada de la cámara precisamente cuando he dicho —le replicó Berkeley, con frustración en la voz nasal, altiva, con acento de Nueva Inglaterra—. Sé lo que me hago. Esta no es mi primera excavación, ¿sabe usted?

—Pero sí será la primera que haga delante de cincuenta millones de espectadores. Y a la cadena no le gustaría nada que el programa especial, en hora de máxima audiencia, consistiera en verlo a usted picar ladrillos durante dos horas. Quieren espectáculo, y todo el mundo también. A la gente le encantan estas chorradas egipcias.

Hamdi, en la duda entre intervenir en defensa de los bienes culturales de su país y seguir llevándose bien con el productor, optó por lo segundo.

—Doctor Berkeley, ¿me asegura usted que seremos puntuales? —preguntó.

—No se preocupe —replicó Berkeley, apretando los dientes—; de aquí a ocho días enseñaremos al mundo una cosa más increíble todavía que la Atlántida. Y, hablando de puntualidad, ya va siendo la hora de conectarme —añadió, volviéndose hacia la oficina principal del equipo, que era una caseta prefabricada con una antena parabólica en el techo.

Parecía que el doctor no estaba de muy buen humor, pero Macy tenía que asumir ese riesgo.

—Doctor Berkeley, ¿tiene usted un momento?

—Lo que tarde en llegar hasta la caseta —replicó él con brusquedad y mirándola con desdén—. ¿Qué hay?

—Se trata de mí —dijo Macy, siguiendo sus pasos—. Había pensado que podría participar más en las labores arqueológicas propiamente dichas. Creo que he demostrado que estoy capacitada para este trabajo.

Berkeley se detuvo y se volvió hacia la joven.

—¿Para este trabajo? —dijo, y soltó un suspiro sarcástico—. Con eso lo has dicho todo, ¿no te parece? Macy, la arqueología no es un trabajo. Es una vocación, es una obsesión, es una cosa que te inspira en todo momento. Si lo único que quieres es un trabajo, en el McDonald's y en el 7-Eleven siempre están contratando gente.

Macy, sorprendida por aquella hostilidad, empezó a responder:

—Eso no es lo que quería decir...

Berkeley la interrumpió.

—Si no has participado en la excavación principal es precisamente por eso: porque no has participado. ¿Qué has hecho exactamente para ganarte un puesto aquí? Todos los demás subalternos son licenciados, con muy buen historial académico, y ya tienen muchas excavaciones en sus currículums. ¿Y qué has hecho tú? —añadió, con una mueca de desprecio—. Tienes contactos, agradecidos por contribuciones benéficas. Y por buenos que sean los fines, no me gusta que me endosen a estudiantes sin cualificaciones solo porque Renée Montalvo, de las Naciones Unidas, debía un favor a tu madre. Deberías dar gracias de estar aquí, maldita sea. Ahora, ve a terminar de recoger. Llego tarde para mi videoconferencia con la profesora Rothschild.

Berkeley entró en la caseta a paso vivo y cerró la puerta de un portazo.

Macy, consternada, se quedó mirando a la puerta, y después se volvió y vio que Hamdi y Metz la observaban. Hamdi, incómodo, se ajustó el pequeño lazo de la pajarita que llevaba y se volvió hacia el cobertizo que cubría la excavación principal, dejando a Macy a solas con Metz.

—¿Quieres cambiar de profesión? —le dijo este, mirándola con lascivia—. Tengo los teléfonos de varias agencias de modelos.

—¡Que te den! —replicó ella, frunciendo el ceño, y salió echando chispas, rodeando la esfinge.

Ante ella, uno de los guardias de seguridad subía por la rampa de acceso al pozo excavado en cuyo interior se alzaba la esfinge. Macy, que quería estar sola, se volvió, entró en el templo en ruinas que estaba ante la estatua y se hundió entre las sombras, en el interior de los muros deteriorados.

Se sentó en un banco de piedra e intentó controlar sus emociones. Estaba enfadada, pero también estaba disgustada. No cabía duda de que Egipto no era lo que ella había soñado. Más que maravillas y aventuras, se había encontrado con trabajo penoso, aire contaminado, infecciones gástricas y tipos que le silbaban, la pellizcaban y la acosaban por las calles. Y ahora su mismo jefe acababa de insultarla totalmente. ¡El muy memo!

Se produjo un cambio de la iluminación que dejó el templo de la esfinge sumido en una oscuridad todavía mayor. El espectáculo de luz y sonido estaba a punto de empezar. Al cabo de dos semanas, Macy ya se había aprendido casi de memoria la narración, tan ampulosa que casi resultaba cómica. En circunstancias normales, estaría recogiendo los materiales arqueológicos durante el espectáculo, pero aquella noche...

—A la porra —murmuró, recostándose en la piedra. Que Berkeley se recogiera sus dichas herramientas.

Sefu Gamal, jefe de seguridad de la excavación, recorrió rápidamente la pasarela que transcurría entre el templo de la esfinge y las otras ruinas, un poco menos antiguas, que estaban hacia el nordeste del templo. Al final de la pasarela había un portón con guardias. La superficie de la meseta de Guiza, antes abierta, estaba cercada desde 2008 con veinte kilómetros de altas alambradas reforzadas con acero, en parte para limitar el

número de vendedores ambulantes que ofrecían a los turistas baratijas y paseos en camello, y en parte por motivos de seguridad: el Gobierno egipcio no quería arriesgarse a que se repitiera una matanza de turistas como la de Luxor de 1997. Ahora, la meseta estaba vigilada con centenares de cámaras de seguridad y por agentes de la Policía Turística, y todos los visitantes tenían que pasar por detectores de metales.

Pero en el interior había más cercas, que no servían para proteger a los turistas de los terroristas sino para proteger los tesoros de Egipto de los turistas. El acceso al interior de las pirámides se limitaba a unos pocos visitantes cada día; la esfinge misma era inaccesible casi en su totalidad, y ahora que se estaban realizando en sus proximidades unas excavaciones arqueológicas de primer orden, el complejo de la esfinge estaba más custodiado todavía de lo habitual. La fosa de piedra arenisca donde se levantaba la estatua limitaba al norte con el templo, al oeste y al sur con los barrancos de la roca viva del desierto en la que se había abierto la fosa y al este con un muro moderno de piedra sobre el que transcurría una carretera que surcaba la llanura. Normalmente, solo podía acceder allí el personal acreditado.

Pero aquella noche se produciría una excepción.

Gamal llegó hasta el portón y esperó a que comenzara el espectáculo de luz y sonido. Había un par de centenares de turistas espectadores, sentados en las filas de sillas, al otro lado del templo de la esfinge. Gamal habría preferido que la reunión tuviera lugar mucho más tarde, después de que hubiera concluido el último pase y cuando se hubieran marchado los turistas (y el equipo de la AIP); pero el hombre al que esperaba estaba impaciente... y tenía el genio vivo.

Se acercaban los faros de un vehículo, un Mercedes todo-terreno negro. Debía de ser su visitante, ya que el tráfico por la

zona monumental estaba restringido desde que se había levantado la cerca. La primera persona que se bajó del vehículo no le resultaba familiar; era un occidental enjuto, de pelo largo, con una chaqueta que parecía ser de piel de serpiente y una perilla rala que no contribuía mucho a disimular la dureza de su piel, casi escamosa también. El hombre rodeó el vehículo para abrir la puerta a otro hombre, que, como Gamal, era egipcio.

Gamal atravesó el portón para salir a saludarlo.

—Es un gran honor volver a verlo, señor Shaban —le dijo.

Sebak Shaban no tenía tiempo para cumplidos.

—La excavación va con retraso.

—El doctor Berkeley ha dicho que...

—No me refiero a esa excavación.

Gamal disimuló su desazón mientras Shaban se volvía hacia él para mirarlo fijamente. Le surcaba la mejilla derecha la vieja cicatriz de una quemadura, ondulada y levemente brillante, que transcurría desde los restos de la oreja hasta el labio superior. La cicatriz le arrastraba hacia abajo el ángulo exterior del párpado inferior, dejándole a la vista los tejidos rosados relucientes del interior del párpado. El jefe de seguridad creía saber, por sus encuentros anteriores con Shaban, que este era muy consciente del efecto psicológico que ejercía su lesión sobre los demás, a los que solía presentar el lado izquierdo de su rostro, sin marcas y bastante apuesto, hasta el momento en que quería expresar su descontento de manera gráfica, con solo girar la cabeza.

—Hubo un pequeño retraso... muy pequeño —se apresuró a decir Gamal—. Se derrumbó parte del techo. Ya lo hemos apuntalado.

—Enséñemelo —le ordenó Shaban, dirigiéndose hacia el portón.

—Por supuesto. Acompáñeme —dijo Gamal, dirigiendo una mirada interrogante al otro hombre, que los había seguido también a través del portón.

—Mi guardaespaldas —dijo Shaban—. Y amigo. El señor Diamondback<sup>1</sup>.

—¿Diamondback? —repitió Gamal con extrañeza.

—Bobby Diamondback —dijo el guardaespaldas con acento del sur de los Estados Unidos, tranquilo pero amenazador al mismo tiempo—. Es un nombre indio cheroqui. ¿Pasa algo?

—No, nada en absoluto —repuso Gamal, pensando que el hombre más bien parecía vaquero que indio—. Por aquí, por favor —dijo, conduciéndolos a lo largo de la pasarela.

Macy, que se estaba aliviando un poco la tristeza entreteniéndose en parodiar la narración ampulosa del espectáculo, vio a Gamal. Desde el lugar donde estaba Macy, entre las sombras, solo resultaba visible la parte superior del cuerpo del hombre, que asomaba por encima del muro norte del templo.

Lo acompañaban otros dos hombres; uno era un sujeto feo, con cabellos grasientos en media melena por detrás al estilo *mullet* y chaqueta de piel de serpiente, y al otro lo reconoció. Era el señor Sharman, Shaban, o algo así. Había visto de pasada a aquel hombre de la cicatriz en la cara, al comienzo de la excavación. Tenía algo que ver con la organización religiosa que cofinanciaba el proyecto junto con la AIP. Debía de haber venido a verse con Berkeley.

---

<sup>1</sup> *Diamondback* o «lomo de rombos», nombre común de algunas variedades del *crotalus atrox*, la mayor serpiente venenosa de Norteamérica. (N. del T.).

Los tres hombres llegaron hasta la esquina del templo menor, donde Gamal se detuvo y volvió la vista hacia la esfinge; a Macy le pareció que era casi una ojeada furtiva. El hombre de la chaqueta de piel de serpiente inspeccionó la zona con sus ojos fríos; su mirada pasó por encima de Macy y después, casi inesperadamente, retrocedió de nuevo. La muchacha sintió un escalofrío involuntario. No sabía por qué; tenía todo el derecho del mundo a estar allí, y no estaba haciendo nada malo. Pero cuando su mente racional consiguió ordenar a su cuerpo que se tranquilizara, el hombre ya había apartado la vista de nuevo.

Para sorpresa de Macy, Gamal no descendió por la rampa hacia la esfinge, sino que saltó la zanja que separaba la rampa del nivel superior del complejo y se perdió de vista. Los otros dos lo siguieron.

Qué raro. El templo superior era más de mil años más moderno que su vecino más grande; era obra del Imperio Nuevo, de hacia el año 1400 antes de Cristo, y si bien estaba relativamente mejor conservado que el templo de la esfinge, su importancia histórica era mucho menor. ¿Por qué estaría ofreciendo Gamal una visita privada? ¡Y, además, a oscuras!

Macy se puso de pie y vio la parte superior de las cabezas de los hombres, que caminaban hacia la entrada del templo... y pasaban de largo. Entonces se le despertó la curiosidad. Allí arriba no había nada más. ¿Dónde irían?

Ascendió hasta salir del templo, y vio que los tres hombres rodeaban la esquina de las ruinas de la parte superior. Le sobrevino un instinto de la infancia, a lo Nancy Drew, que la impulsaba a enterarse de lo que hacían allí; pero se dominó... hasta que se oyeron gritos junto a la esfinge. Era Berkeley, que chillaba a un jornalero egipcio que había dejado caer una caja.

«A la porra», pensó Macy. Si Berkeley seguía comportándose como un memo, ella no quería estar cerca de él para



nada. En vez de ello, subió por la rampa y saltó hasta el templo superior. Pasaban por encima de ella las líneas verdes de los láseres que proyectaban jeroglíficos sobre las pirámides mientras el narrador cantaba las alabanzas de Osiris, el rey dios inmortal de las leyendas egipcias. «Sí, sí, eso ya me lo sé», susurraba Macy mientras se asomaba por la esquina del muro del templo.

Se estaban realizando unas reparaciones en el muro alto, y una parte del extremo norte de la meseta estaba cerrada al paso con mallas de plástico anaranjado. Había un par de case-tas pequeñas y una estructura a modo de carpa entre montones de ladrillos y pilas de escombros. La zona de obras tenía un aspecto tan corriente que, aunque Macy la había visto todos los días al entrar en el complejo de la esfinge, no se había fijado en ella hasta entonces. La verdad era que no parecía que allí hubiera nadie trabajando nunca.

Pero ahora sí que había alguien. Además de los guardias del portón, había otras patrullas que recorrían el complejo para asegurarse de que ningún turista intentara acercarse a la esfinge para mantener un encuentro cara a cara con ella. Pero el hombre que esperaba a Gamal y a los otros no iba de patrulla. Estaba custodiando la obra.

Cambió la iluminación, y más láseres y más focos hendieron el cielo oscuro. El guardia estaba contemplando el espectáculo, y solo dejó de mirarlo cuando llegaron hasta él los visitantes. Cruzaron unas pocas palabras y los dejó pasar al otro lado de las mallas.

Gamal llegó a la tienda y apartó una lona, y se apreció que en el interior había luces. Los otros dos se colaron por la abertura, y Gamal los siguió después de echar una nueva ojeada furtiva hacia atrás. Macy se refugió de un salto tras el muro del templo, preguntándose si la habría visto; pero cayó en la

cuenta de que estaba siendo una tonta pues, si la había visto, ¿qué importaba?

Volvió a asomarse. El guardia se paseaba con aire de aburrimiento, recorriendo el perímetro delimitado por la cerca de mallas de plástico. Entre los bordes de la puerta de lona, Macy percibió que había movimiento en el interior de la tienda de campaña.

El movimiento cesó.

Macy siguió observando, pero no volvió a moverse nada. ¿Qué harían allí dentro? No parecía que la tienda fuera lo bastante grande como para perder de vista a los tres hombres, a menos que se hubieran apretujado juntos en un extremo. Más bien parecía que la tienda estaba vacía; pero Macy no entendía cómo podía ser aquello. La tienda estaba adosada al muro alto.

Pero observó también otra cosa: una leve nubecilla de humo. No; más que humo, eran gases de escape que salían del extremo de un tubo. Pero no se veía ningún generador por ninguna parte.

Entonces, ¿de dónde salían los gases?

A Macy ya se le había despertado un vivo interés y rodeó la esquina, agachándose para ocultarse tras un montón de tierra. Pero comprendió enseguida que su cautela era inútil: si quería llegar hasta la obra, tendría que atravesar un amplio espacio abierto y el guardia la vería sin falta, a menos que fuera ciego.

Pero también podría pasar que se quedara cegado dentro de unos momentos.

Macy había oído el espectáculo de luz y sonido todas las noches, y ya sabía lo que venía a continuación. El narrador se disponía a contar la historia de Khufu, el constructor de la Gran Pirámide; todas las luces quedarían apagadas durante unos momentos, y después el monumento de Khufu se iluminaría a la máxima potencia.

Macy cerró los ojos; esperó... Las luces se apagaron.

Abrió los ojos de nuevo y corrió hacia la tienda de campaña pocos momentos antes de que la Gran Pirámide se iluminara como un faro. Los altavoces emitieron música dramática y retumbante, y la Gran Pirámide se hizo visible repentinamente hacia el noroeste. Macy llegó a la entrada abierta en la cerca de malla y se detuvo, patinando, tras uno de los montones de ladrillos. Se asomó por el borde y vio que el guardia contemplaba la pirámide iluminada por los focos.

Soltó un suspiro. Se sentía emocionada, por primera vez desde el día que había llegado a Egipto. No; a la llegada se había sentido, más bien, ilusionada, pero lo de ahora era una verdadera exaltación, casi infantil. ¡Qué divertido!

Miró hacia la tienda, conteniendo una risita nerviosa. Ahora que estaba más cerca, ya oía el traqueteo de un generador; pero sonaba muy lejano y con un eco extraño. Después de cerciorarse de nuevo de que el guardia no miraba hacia ella, se acercó cautelosamente hasta la tienda.

Dentro no había nadie.

—¿Qué demonios...? —se preguntó Macy en voz alta mientras se colaba dentro.

Un extremo de la tienda estaba ocupado por un cubículo improvisado con tableros de conglomerado barato. Como el cubículo venía a tener un metro de ancho, Macy dudó que Gamal y los otros estuvieran hacinados allí dentro.

Pero dejó de interesarse por el cubículo cuando vio lo que había al otro extremo de la tienda.

En una mesa hecha con un tablero sobre caballetes estaban extendidos unos planos de obra. Macy reconoció el plano que estaba encima, que representaba el complejo de la esfinge. Pero lo que le había llamado la atención no estaba en la mesa, sino más arriba, colgado de la pared de la tienda. Unas fotogra-

fías grandes, en color, ampliaciones de papiros antiguos. De los mismos papiros por los que había venido ella a Egipto.

El Salón de los Registros era un depósito de los antiguos conocimientos de los egipcios que estaría debajo de la esfinge y que, supuestamente, solo cedía en importancia ante la Biblioteca de Alejandría. Desde hacía mucho tiempo se sabía que aquello no era más que un mito. Pero en unas excavaciones arqueológicas realizadas en Gaza con patrocinio privado se habían descubierto papiros en los que no solo se describía el propio Salón, sino también el modo de acceder a él: por un pasadizo que descendía, en tiempos, entre las garras de la esfinge. Cuando se confirmó científicamente que las páginas tenían más de cuatro mil años de antigüedad, el Salón se convirtió de pronto en uno de los temas más candentes del mundo de la arqueología, y el Gobierno egipcio había otorgado a la Agencia Internacional del Patrimonio la autorización que esta había presentado para llevar a cabo las excavaciones que confirmarían si era verdad lo que se decía en aquellos códices.

Pero lo raro era que Macy sabía que la AIP solo había recibido tres códices.

Y allí había un cuarto código.

Se acercó más, silabeando con los labios en silencio las palabras del texto mientras lo traducía para sus adentros. Su abuelo, además de historia y mitología egipcia, le había enseñado también aquella antigua lengua; Macy había terminado por elegir sus estudios influida por la afición del abuelo. El nuevo código decía acerca del Salón de los Registros algo más de lo que sabía la AIP. No solo indicaba su ubicación, sino también su contenido. Decía algo de una cámara de los mapas; de un zodiaco que indicaba la situación de...

—¿La pirámide de Osiris? —susurró Macy con incredulidad.

Pero aquello no era sino uno más de los mitos que contaba su abuelo, ¿no? Osiris era un personaje legendario, anterior incluso a la Primera Dinastía de hace casi cinco mil años. Y los personajes legendarios no se hacían construir tumbas por todo lo alto; eso solo lo hacían los faraones.

Pero aquello era lo que decía el papiro. La pirámide de Osiris, la tumba del rey dios. No se daba a entender de ninguna manera que aquello fuera un mito; parecía que el texto describía una cosa tan real como el propio Salón de los Registros.

—Caray —se dijo Macy, dándose cuenta del alcance de aquello. Si la pirámide de Osiris existía de verdad, también habría existido el hombre que estaba enterrado en su interior. No sería un dios de leyenda sino un monarca de carne y hueso, que había quedado perdido en la noche de los tiempos hasta ahora. Si se encontrara su tumba, sería uno de los descubrimientos más grandes de toda la historia.

Consultó los planos que estaban sobre la mesa. Estaba marcada claramente la situación del túnel de acceso al Salón de los Registros, que transcurría de este a oeste, así como la excavación realizada por la AIP. Pero también aparecía otro túnel más largo que venía del norte.

El túnel pasaba por debajo de la carretera moderna y transcurría, según advirtió Macy, justo por debajo de la tienda de campaña donde estaba ella en esos momentos.

Se volvió hacia el cubículo de madera. El panel que daba hacia ella tenía bisagras y un tosco agujero que servía de pica-porte. Lo abrió con suavidad.

Comprendió entonces dónde se habían metido los tres hombres. Abajo. Había una escalera de mano que descendía por un pozo, iluminado con unas luces tenues que dejaban ver el fondo, a más de siete metros de profundidad. El tubo por el

que salían los gases de escape del generador subía por un rincón del pozo, y el motor ya se oía con claridad.

Y también se oían voces. Que se acercaban.

A Macy se le esfumó la emoción, que dejó paso al miedo. Alguien estaba haciendo una excavación secreta con la intención de llegar al Salón de los Registros antes que el equipo de la AIP. Querían encontrar la pirámide de Osiris por su cuenta.

Lo que quería decir que si la pillaban allí... se encontraría metida en un buen lío.

¿Qué debía hacer? ¿Decírselo a alguien...? A Berkeley, o a Hamdí. Pero había quedado claro que Gamal estaba implicado en el asunto, y lo creerían antes a él que a ella. Necesitaba pruebas...

Notó un peso en el bolsillo de la pernera de su pantalón. La cámara fotográfica.

La sacó y la encendió. Nunca se le había hecho tan larga la espera a que se extendiera el objetivo y a que se iluminara la pantalla del aparato.

Un traqueteo en el pozo. Subía alguien por la escalera de mano.

Macy, con un nudo en la garganta por el pánico que la iba dominando, tomó una foto de las cuatro páginas de papiro, y apuntó después la cámara hacia abajo para recoger el plano. Clic...

—¿Qué coño...?

El grito había salido de abajo; el acento era estadounidense. Era el tipo de la chaqueta de piel de serpiente. Había visto el destello del *flash*.

Otro grito. El guardia del exterior. Macy oyó el ruido sordo de sus pasos, que se dirigían hacia la tienda. El traqueteo de la escalera de mano sonaba con más fuerza, más deprisa; el hombre subía apresuradamente.

Macy echó a correr.

El guardia abrió de golpe la puerta de lona de la tienda... en el momento en que salía corriendo Macy, que lo apartó de un empujón y salió a la carrera hacia el templo. Macy había dejado atrás la cerca de mallas de plástico antes de que el guardia hubiera tenido tiempo de recobrar el equilibrio.

—¡Eh! —gritó la muchacha, con la esperanza de que la oyera alguien del equipo de la AIP; pero su voz quedaba ahogada por el ruido de la narración del espectáculo de luz y sonido. A su espalda, Shaban gritaba, ordenando que la atrapan.

El miedo la espoleaba. Rodeó las ruinas; se extendía a sus pies, en sombras, el laberinto del templo de la esfinge, iluminado por reflejos rojos y verdes que le daban un aspecto siniestro. Había alguien en la pasarela.

—¡Doctor Hamdi! —gritó Macy—. ¡Doctor Hamdi, ayúdeme!

Hamdi se detuvo con expresión de desconcierto mientras la muchacha cubría de un salto la zanja para aterrizar ante él.

—¿Qué pasa, señorita... Macy, verdad?

—¡Allí atrás! —dijo Macy, jadeante—. ¡Están excavando; quieren robar el Salón de los Registros!

—¿Qué? ¿Qué dice usted?

Macy miró atrás y vio que el guardia rodeaba corriendo el costado del templo superior y frenaba al ver a Hamdi hasta quedar detenido, vacilante.

—¡Shaban, el tipo de la cicatriz, es el que manda! Tiene un cuarto código... ¡Le he hecho una foto!

Pulsó un botón para hacer aparecer la imagen.

—¡Mírela!

El gesto de Hamdi pasó de la confusión a la consternación.

—Ya veo. Acompáñeme —dijo; y la asió del brazo... y la apretó con fuerza, hasta hacerle daño.

—Eh, ¿qué...? —dijo Macy, intentando liberarse. Hamdi la apretó todavía más—. ¡Suélteme!

Él no le hizo caso. Apareció el tipo de la chaqueta de piel de serpiente, que gritó:

—¡Tráigala aquí arriba!

Hamdi arrastró a Macy hacia la zanja. Ella forcejeó, dirigiéndole golpes a la cara, pero él los desviaba con la mano que tenía libre. El guardia corría hacia ellos...

Macy disparó la cámara ante el rostro de Hamdi. Este vaciló, deslumbrado por el destello... y Macy le asestó con el borde duro de la cámara un golpe fuerte en el caballete de la nariz. Un golpe más, a la frente, y pudo liberarse de su mano.

El guardia salvó la zanja de un salto y le cerró el camino hacia la esfinge. Ella, en cambio, corrió por la pasarela... y vio venir hacia ella a toda prisa a los dos guardias del portón del complejo.

¡Estaban todos implicados en el asunto!

Cambió de dirección; saltó al borde superior de la pared norte del templo de la esfinge y siguió corriendo por él. Iba pisando las antiguas piedras, irregulares, desgastadas por los elementos.

—¡Id tras ella! —gritó el estadounidense.

El primer guardia subió también a la pared, siguiéndola. Los dos hombres que tenía por delante cambiaron asimismo de rumbo, con la intención de saltar la zanja que separaba el templo del nivel superior del complejo y abalanzarse sobre ella.

El muro tenía más de cuatro metros de alto; era demasiada altura para bajar de un salto.

En vez de ello, se arrojó de lo alto del muro en ángulo y alcanzó a duras penas la parte superior de los restos de una co-



lumna de piedra, un metro y medio por debajo de ella; y, acto seguido, saltó de allí a la oscuridad inferior, agitando las piernas. Sintió una explosión de dolor en ambos pies cuando dio con el suelo, y cayó; le salió despedido del bolsillo el teléfono móvil, además de algunas monedas, y todo ello se perdió a lo lejos.

El guardia saltó también del muro siguiendo sus pasos.

En ese momento cambió de pronto la iluminación y se perdieron de vista los reflejos rojos que habían iluminado la columna en ruinas que estaba más abajo. El hombre no encontró su parte superior con el pie que llevaba más adelantado. Dio con la espinilla de la otra pierna en el borde de piedra, y se desplomó dando vueltas hasta llegar al duro suelo. Soltó un aullido lastimero, sujetándose la pierna lesionada.

Macy tampoco se sentía mucho mejor. Se puso de pie jadeando de dolor. Estaba cerca de un pasadizo que conducía hasta una de las entradas primitivas del templo. Cojeando, con los tobillos doloridos, se adentró en la oscuridad más profunda de la parte posterior del alto muro del este.

Dobló la primera esquina y miró atrás. Había un guardia sobre el muro del norte, pero estaba prestando atención a su compañero herido. No la había visto. Dobló la segunda esquina...

Y se topó con unos barrotes metálicos que le cerraban el paso.

¡Mierda! Ella ya sabía que el templo estaba cerrado para los turistas con una verja; pero esta era más alta de lo que había pensado, demasiado alta para escalarla. Vio más allá a los espectadores sentados, pero estaban contemplando la esfinge, vivamente iluminada, y no las ruinas poco imponentes que había delante de esta, y entre el ruido *in crescendo* de la banda sonora estridente no oírían sus gritos si pedía ayuda. Pero Macy

oyó a su vez otros gritos. Sus perseguidores ya estaban en el templo.

Y ella estaba en un callejón sin salida.

Los gritos sonaban más cerca.

El muro interior que estaba frente a la verja era un poco menos alto que los demás y Macy vio, a la luz que llegaba entre los barrotes, que tenía donde apoyar las manos y los pies. Escaló el muro rápidamente. Pensó que todas las horas que había pasado en el gimnasio entrenándose para el equipo de animadoras no habían sido tiempo perdido.

Se asomó por el borde superior del muro... y vio al otro lado al tipo de la chaqueta de piel de serpiente, a solo tres metros, y a otros hombres que se dispersaban por el interior del templo. Uno llegaba corriendo a la entrada del pasadizo.

Estaba atrapada...

Ascendió hasta el borde superior del muro y se tendió a lo largo, conteniendo la respiración, mientras el corazón le palpitaba con fuerza. El hombre que corría dobló la esquina, llegó hasta la verja, miró a través de ella. No vio a nadie que huyera del templo; solo había turistas que contemplaban el espectáculo, arrobados.

—¿Alguien la ve? —gritó el estadounidense, que iba arrojando luz entre las columnas en ruinas con una linterna de led, pequeña pero potente. Todos los gritos de respuesta fueron negativos.

Hamdi y Shaban llegaron junto a él apresuradamente.

—No puede haber salido —dijo Hamdi, que se sujetaba la nariz con una mano—. Todas las entradas de este lado están bloqueadas.

—¿Quién es? —preguntó Shaban, furioso.

—Es del equipo de la AIP. Macy Sharif. No es más que una estudiante.

—Por muy estudiante que sea, puede echar a perder todo el plan si sale de aquí —dijo Shaban.

—Tenemos que encontrarla —añadió el estadounidense—. Enseguida.

—¿Qué hará usted con ella, señor Diamondback? —le preguntó Hamdi.

—¿A usted qué le parece?

Sonó un ruido metálico que heló la sangre a Macy. El ruido del percutor de una pistola al montarse.

—Va usted a... —empezó a decir Hamdi, pero la impresión no le permitió concluir la frase.

—Lo que tengo bien clarito es que no estoy dispuesto a pasarme veinte años en una cárcel egipcia por culpa de una putilla estudiante.

—Doctor Hamdi, si se escapa, Gamal y usted tendrán que hacerse cargo de Berkeley —dijo Shaban—. Bobby, tenemos que mandar a gente a que vigilen su hotel, el aeropuerto, cualquier sitio donde pueda ir a pedir ayuda. ¿Es de Estados Unidos?

Hamdi asintió con la cabeza.

—Pues recurre a nuestros contactos de allí para enterarnos de dónde vive... y dónde vive su familia. Envía a gente a que vigilen sus casas, a que les intervengan los teléfonos. Tenemos que hacerla callar.

—Cuente con ello —dijo Diamondback.

Un segundo clic... Otra pistola.

Macy se echó a temblar; el terror le producía unas náuseas que le revolvían todas las vísceras. ¡Iban a matarla! Todos sus instintos la impulsaban a echar a correr; pero no se atrevió a moverse.

Uno de los guardias dijo a gritos, desde el extremo sur del templo, que el pasadizo de la otra entrada estaba vacío.

Diamondback dirigió la luz de su linterna hacia el otro lado del patio.

—¿Y esas piedras de allí, junto al muro? —dijo—. ¿No podría haber subido por allí?

Caminó hacia las piedras; el taconeo de sus botas de vaquero resonaba sobre las losas de piedra.

—Acompáñalo —dijo Shaban. Macy creyó por un momento que se lo decía a Hamdi, pero se dio cuenta de que hablaba a uno de los guardias.

Era el mismo guardia que había entrado en el pasadizo tras ella. Entre el muro del este y ella no había nadie... La adrenalina pudo más que el miedo. Se incorporó de un brinco, corrió por la parte superior del muro y saltó hasta un bloque más alto.

—¡Eh!

Diamondback la había visto.

Macy soltó una exclamación de miedo, esperando recibir un tiro..., pero el tiro no llegó. El espectáculo de luz y sonido estaba terminando, y si sonaba un disparo, lo oírían centenares de personas. Se subió a otro bloque y se encontró en el borde del muro este. El suelo estaba a más de seis metros por debajo de ella.

Diamondback se subió con agilidad de lagarto al muro donde había estado escondida Macy. El guardia volvió a adentrarse corriendo por el pasadizo. Macy giró, se agachó... y se dejó caer. Se deslizó muro abajo, aferrándose convulsivamente con los dedos a las piedras desgastadas, buscando apoyos con las puntas de los pies.

Se soltó.

Sintió un nuevo dolor cuando se dio con el suelo y cayó de espaldas; pero el miedo le impedía detenerse. Se levantó rodando sobre sí misma y echó a correr por la llanura polvorienta. El público ya se marchaba, y los turistas se iban concentrando.

do en el camino que conducía a la salida más próxima de la verja exterior.

A su espalda, el guardia escalaba la valla metálica, Diamondback llegaba a la parte más elevada del muro, la buscaba con la vista, la localizaba... y la volvía a perder, mientras ella se adentraba entre la multitud a empellones. Alguien protestó ruidosamente, pero Macy no le hizo caso y siguió adelante, agachada, sorteando los grupos de turistas. Si alcanzaba la salida, las primeras casas de las afueras de El Cairo estaban a pocos metros de la valla...

El guardia había saltado la verja. Diamondback aterrizó junto a él. Otros hombres corrían por la pasarela, por encima del templo. Macy avanzó más deprisa, apartando a la gente a empujones en su prisa desesperada por alcanzar la salida. En la puerta había dos agentes uniformados de la Policía Turística, pero todavía no habían recibido orden de detenerla. «*¡Vamos, dense prisa!*».

Diamondback y el guardia corrían. El guardia gritó algo a los agentes, que empezaron a mirar a un lado y a otro. Algunos turistas hicieron otro tanto, deteniéndose para enterarse del motivo del alboroto.

Se abrió un hueco entre la multitud. Macy lo aprovechó y salió corriendo por la puerta sin que ninguno de los dos agentes hubiera tenido tiempo de reaccionar. Cuando uno saltó tras ella, Macy ya había cubierto la mitad del camino hasta el callejón oscuro que separaba los dos edificios más próximos. Llegó a un cruce y se dirigió a la derecha, adentrándose más en el laberinto. Oía a su espalda un eco de pisadas. Dobló a la izquierda, y después otra vez a la derecha. «Que no sea un callejón sin salida, que no lo sea...».

Un agujero bajo y estrecho en un muro, poco antes de un cruce. Se metió por él, impulsada por un instinto irracional. Se

encontró en un patio pequeño en la parte trasera de una casa. En una ventana de un piso superior se veía una luz tenue. Solo había otra salida, una puerta que daba a la casa misma.

Se apretó contra el muro con los ojos desencajados al oír que se acercaban los pasos... pero pasaron de largo, reduciendo la velocidad en el cruce. Llegaron corriendo más hombres. Tacneos. Diamondback. Macy contuvo la respiración. Si alguno se fijaba en el agujero...

Echaron a correr de nuevo, tras dividirse para seguir cada uno de los callejones. Los pasos se perdieron rápidamente en la noche.

Macy se derrumbó, jadeante.

Pasó en el patio casi veinte minutos, esperando, y solo volvió a asomar por el agujero cuando estuvo absolutamente segura de que no había nadie por ahí. El callejón estaba vacío, en silencio. Se orientó, y tomó el camino por el que se adentraba más en el barrio.

Al cabo de diez minutos de tensión insoportable, llegó a una plazuela. Al fondo había un café, del que salía un rumor apagado de música, pero lo único en que se fijó Macy fue en la caja amarilla, abollada, de un teléfono público que estaba montado en un poste próximo. Sin dejar de vigilar la calle con desconfianza, buscó en el bolsillo las monedas que le quedaban e hizo una llamada.

—Macy..., ¿eres tú?

Berkeley parecía más enfadado todavía que antes.

—Sí —dijo ella en voz baja—. ¡Van a robar el Salón de los Registros! Hay otro túnel; están excavando.

Berkeley no le prestaba atención.

—Macy, ¡vuelve aquí y entrégate a la policía ahora mismo!

—¿Que... que me entregue? ¿Qué quiere decir? Si yo no he...

—El doctor Hamdi ha accedido a no presentar denuncia por agresión; pero solo si te entregas inmediatamente y devuelves la pieza que tomaste.

—¿Qué pieza? —protestó Macy, confundida—. ¡No he tomado nada!

—¡El doctor Hamdi y el señor Gamal te vieron romper un fragmento de la esfinge, Macy! ¿Es que no tienes idea de lo grave que es eso? ¡Aquí han condenado a gente a diez años de cárcel por menos! Al huir, has empeorado las cosas; pero si vuelves ahora mismo, yo haré todo lo que pueda para apaciguar a las autoridades.

—¡Oiga, escúcheme! —exclamó ella—. ¡Hamdi está en el asunto, y Gamal también! ¡Vaya a verlo usted mismo, hay...!

—¡Macy! —gritó Berkeley—. Vuelve a la excavación ahora mismo y entrégate. De lo contrario, no podré hacer nada por ti. No hagas...

Macy colgó el aparato de golpe, dominada otra vez por un terror intenso. ¿Qué demonios iba a hacer? Shaban había enviado a gente a que vigilara el hotel. Ni siquiera podría recoger sus cosas. No tenía más que lo que llevaba puesto y lo que tuviera en los bolsillos.

Y eso no era gran cosa. La cámara de fotos, un fajo pequeño de libras egipcias, unos cien dólares americanos. Al menos, conservaba su pasaporte y sus tarjetas de crédito: eran cosas que no se podían dejar en la habitación del hotel.

Sopesó sus posibilidades. Tanto si se entregaba ella misma como si la detenía la policía, Hamdi declararía en su contra, y sin duda tendría preparados a otros muchos testigos más. Y si la atrapaban los hombres de Shaban...

Solo de pensar en ello le volvían a dar palpitaciones. Querían matarla. Y aunque consiguiera salir de Egipto, la estarían esperando en su casa, estarían vigilando a sus padres. No podía arriesgarse a implicarlos también a ellos.

Y tenía que pensar también en el plan de Shaban. Si este tenía planeado robar alguna cosa concreta y desaparecía con ella antes de que el equipo de la AIP abriese el Salón de los Registros, nadie se enteraría jamás, ya que millones de espectadores quedarían convencidos de que Berkeley era la primera persona que entraba en la cámara desde hacía miles de años. Macy tenía que avisar a alguien. Pero si Berkeley no quería hacerle caso, tendría que buscarse a otra persona, a alguien que tuviera más posibilidades de creerla y de convencer a otros para que tomaran medidas.

Macy se retiró del teléfono y se compuso la coleta con un gesto inconsciente... que, a su vez, le trajo una idea a la cabeza. Volvió a llevarse la mano al bolsillo. Además de su pasaporte, llevaba otra cosa: unas hojas de revista plegadas. Cuando las abrió, vio el rostro de una mujer atractiva, de cabellos pelirrojos, con una coleta semejante a la de Macy, que le dirigía una sonrisa.

La doctora Nina Wilde. Descubridora de la Atlántida, y de más cosas. La mujer que había servido a Macy de inspiración, cuyo ejemplo le había dado el coraje necesario para hacer aquel viaje.

Y una mujer que había anunciado grandes teorías sin que nadie la creyera... hasta que había quedado demostrado de manera espectacular cuánta razón tenía.

Contempló el retrato. Era una posibilidad remota; la doctora Wilde ya no estaba en la AIP, a raíz de alguna polémica que había tenido el año anterior. Macy se había llevado una desilusión por no haber podido conocerla en persona. Pero debía de tener todavía la influencia necesaria para ayudarla...



Si es que conseguía ponerse en contacto con ella. Que ella supiera, la doctora Wilde debía de estar en Nueva York. Y Macy, por su parte, seguía estando a menos de cuatrocientos metros de la esfinge.

«Paso a paso», se dijo; y se puso en camino hacia el centro de El Cairo.

Nueva York  
Tres días más tarde

**N**INA WILDE SE DESPERTÓ TRABAJOSAMENTE, LUCHANDO a brazo partido al mismo tiempo con las sábanas que la ahogaban y con la boca pastosa propia de una resaca, para echar una mirada al reloj de la mesilla. Pasaba bastante de las diez de la mañana. «Mierda», masculló; y ya se disponía a reñirse a sí misma por haber dejado que se le pegaran las sábanas... cuando recordó que no tenía que ir a ninguna parte.

Estuvo a punto de arrojarse de nuevo con la esperanza de dormirse otra vez; pero le bastó una breve ojeada a aquel dormitorio para que se le quitaran las ganas de seguir allí. Tampoco es que el resto del apartamento estuviera mucho mejor, pero representaba un mal menor. Se puso una camiseta y unos pantalones de chándal, se peinó con los dedos la cabellera revuelta y se dirigió a la otra habitación con paso incierto.

—¿Eddie? —dijo en voz alta, bostezando—. ¿Estás aquí?

No hubo respuesta. Su marido había salido, aunque le había dejado una nota en la pequeña encimera que separaba la zona de la cocina del resto del estrecho cuarto de estar. Como de costumbre, la nota tenía el estilo lacónico de los partes militares: «Voy a trabajar. Llamaré después. Seguramente volveré tarde. Te quiero, Eddie. Beso. P. D.: Nos hace falta leche».

«Estupendo», dijo Nina con un suspiro mientras tomaba el montoncito de cartas que habían llegado con el correo y que estaban junto a la nota. La factura de una tarjeta de crédito, que debía de ser cuantiosa. La factura de otra tarjeta de crédito, que debía de ser mayor todavía casi con toda seguridad. Publicidad, publicidad...

El último sobre llevaba en un ángulo el membrete de una universidad.

Aunque intentó contenerse, atisbó un rayo de esperanza y abrió el sobre con precipitación. Aquello representaba, quizá, el fin de aquella vida miserable que llevaban los dos desde hacía varios meses.

No fue así. Le bastó con ver la palabra *lamentamos* para saber que se trataba de una nueva carta de rechazo. El mundo académico le había vuelto la espalda. Cuando a uno le ponían la etiqueta de excéntrico, era casi imposible quitársela de encima... incluso cuando resultaba que había tenido razón desde el primer momento.

Nina dejó la carta, se derrumbó en el sofá, que crujió, y soltó un nuevo suspiro. Un enemigo poderoso le había dirigido una campaña de desprestigio que a ella no solo le había costado su trabajo, sino que le había dado fama de extravagante, a la misma altura de los que aseguraban que habían descubierto el arca de Noé, o El Dorado, o al yeti. Los descubrimientos que

había realizado, y que habían estremecido al mundo (la Atlántida, las tumbas de Hércules y del rey Arturo) de pronto ya no valían nada, ya que en el ámbito universitario, como en otros muchos, se tendía más bien a la memoria a corto plazo: *¿Qué ha hecho usted por nosotros últimamente?*

De manera que, ahora, ella se encontraba sin trabajo, sin perspectivas... y se acercaba peligrosamente a estar sin dinero. No tenía más que a Eddie.

Solo que a Eddie no lo tenía, porque él no estaba casi nunca, por las exigencias de su trabajo.

En un apartamento contiguo empezó a llorar un niño de pecho. Los delgados tabiques apenas amortiguaban el ruido.

—Maldita sea —murmuró Nina, cubriéndose la cara con las manos.

Eddie Chase salió de un edificio con fachada de piedra arenisca, de los característicos del East Side de Nueva York, y echó una mirada a cada lado antes de bajar los escalones hasta la calle.

—Lo he visto —dijo una voz de mujer a su espalda.

Eddie se volvió.

—¿Qué es lo que has visto?

—He visto que mirabas por si había fuera alguien que te pudiera reconocer.

Amy Martin bajó los escalones haciendo ondear su melena oscura, y dio un apretón en la cintura al inglés, que estaba algo calvo ya.

—Qué mono eres.

—Tampoco es cuestión de que esto llegue a oídos de Nina, ¿no? —dijo Eddie a la mujer, más joven que él—. Ya se

lo diré yo cuando llegue el momento oportuno. Y tampoco quiero que se entere nadie más.

Amy sonrió.

—Pero esto te divierte. No lo niegues —dijo Amy. Se dirigió al borde de la acera, buscando un taxi—. Entonces, ¿quieres repetirlo mañana?

—Sí, si puedo —le dijo Eddie—. Dependerá de si Grant Thorn me necesita o no.

Amy sonrió de nuevo, sacudiendo la cabeza.

—Todavía no me creo que salgas con una estrella de cine.

—No es que *salga* con él precisamente. Soy su guardaespaldas, no su amigo del alma. Y él es... bueno, más bien bobo.

—Pero un bobo que tiene un Lamborghini, ¿no? Eso está muy bien.

—Sí, pero no lo aprovecha. Nunca lo lleva a más de quince por hora, porque quiere que todos lo vean al volante del coche.

—¿Le vas a guardar hoy las espaldas?

Se acercaba un taxi; Amy le hizo una señal.

—Sí; voy a recogerlo de aquí a un rato. Quiere comprarse un traje para no sé qué acto benéfico que hay esta noche, y yo tengo que cuidar de él. Como la Quinta Avenida es un sitio tan peligroso...

En el momento en que se detenía el taxi, sonó el teléfono de Eddie. Miró la pantalla: era Nina.

—Bueno, ¡pásalo bien con tus amigotes de Hollywood! —dijo Amy mientras subía al auto.

—Lo intentaré —dijo él, atendiendo la llamada—. Hola.

—Hola —dijo Nina—. ¿Dónde estás?

Eddie se había ido familiarizando de sobra con el tono

apesadumbrado de Nina de los últimos meses, pero aquella mañana tenía un cierto toque funesto adicional.

—Estoy... en el gimnasio, con Grant Thorn, nada más.

Una pausa.

—Ah. ¿Cuándo podrás volver a casa?

—¡Hasta mañana! —gritó Amy mientras se ponía en marcha el taxi. Él, un poco molesto, la despidió con la mano.

—Lo siento, no podré volver hasta muy tarde. Voy a estar con él todo el día.

Un segundo *ab* desilusionado. Después:

—¿Quién era esa?

Eddie echó una rápida mirada de culpabilidad al taxi que se alejaba.

—Una que iba en un taxi.

—¿No estabas en el gimnasio?

—Estoy esperando fuera. ¿Pasa algo malo?

—No, nada —dijo Nina, soltando un suspiro—. No tiene importancia.

—Para mí sí la tiene. Mira, puedo llamar a Charlie, a ver si alguien puede sustituirme.

—No; está... está bien; o sea, ja, ja, nos hace falta el dinero, ¿no? —dijo. Su risa parecía más de desesperación que de humor.

—¿Estás segura? Si quieres, puedo...

—No importa, Eddie. No importa —dijo ella; aunque por su voz parecía que sí importaba, y mucho.

Su teléfono emitió un pitido que le comunicaba que tenía otra llamada. Echó una mirada a la pantalla y vio que era su cliente.

—Lo siento, tengo que cortar. Ah, ¿has visto la nota que te dejé con lo de la leche?

—Sí, la he visto. Te veré cuando vuelvas. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo él mientras desconectaba. Estupendo. Ahora se sentía más culpable todavía por haberle mentado.

Aceptó la llamada entrante.

—¿Diga?

—¡Eh, el amigo *Chasete!* —dijo Grant Thorn con su voz relajada—. ¿Dónde te habías metido, hombre? Tenías el teléfono comunicando.

—Sí; me había llamado mi mujer.

—La vieja cadena, ¿eh? Es broma, hombre. No quería llamar *vieja* a tu mujer. Oye, ¿por qué no os invito a cenar a los dos algún día? ¿Qué te parece?

—Puede estar bien —respondió Eddie sin comprometerse, bien seguro de que al actor ya se le habría borrado de la mente todo recuerdo de aquella oferta cuando se vieran en persona—. ¿Todavía quiere que lo recoja en su apartamento?

—Sí. Tengo aquí a una nena; dame veinte minutos para quitármela de encima. Vale, son dos nenas. Que sea media hora. Ah, y ¿me puedes traer un cartón de zumo de naranja? Tengo la boca seca una cosa mala.

—Soy su guardaespaldas, señor Thorn, no su mayordomo —le recordó Eddie.

Puede que su trabajo consistiera en velar por sus clientes, pero eso no significaba que les tuviera que limpiar el culo.

—Quizá pueda pedirle a una de las nenas que vaya a comprarlo.

—¡Ay, tío! ¡No quiero que vuelvan! O sea, están buenas y todo eso, pero cuando has abierto la caja, ya no se admiten devoluciones, ¿entiendes? Mira, tengo aquí quinientos dólares en la cartera. Son tuyos si me traes un cartón de zumo de naranja. Será como un suplemento, ¿eh?

—Veré qué puedo hacer —respondió Eddie, y puso fin a la llamada. Aquella oferta sí que pensaba recordársela a Grant, a diferencia de la de la cena.

Nina estaba sentada ante la mesa del cuarto de estar, taciturna, con un café solo entre las manos. Tenía abierto el ordenador portátil, que esperaba sus órdenes, pero de momento ni siquiera había mirado el correo electrónico entrante.

Tomó un sorbo de café de la taza, a modo de prueba. El café, sin leche, estaba al principio demasiado caliente para beberse enseguida. Ahora que se había enfriado, estaba demasiado amargo. Hizo una mueca, preguntándose si sería capaz de acopiar la energía necesaria para ir a la tienda por leche. Cuanto más se lo pensaba, más difícil le parecía.

Sonó su teléfono y la sobresaltó. Lo tomó.

—¿Diga?

—Hola, Nina.

Una voz familiar: el profesor Roger Hogarth, compañero suyo de sus tiempos de la universidad. Habían mantenido algún contacto durante los últimos meses, aunque principalmente por correo electrónico.

—¡Hola, Roger! ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tú siempre pensando en el trabajo, ¿verdad? —respondió él en son de riña humorística—. Ahora hablaremos de eso. Pero ¿cómo estás?

—Estoy... bien —dijo ella de manera inexpresiva.

—¿Y el nuevo apartamento? ¿Te empieza a gustar más que cuando te mudaste?

—Mejor no hablemos de eso, me parece.

Una risita.



—Ya veo. No te preocupes; estoy seguro de que las cosas irán a mejor. Cuando menos te lo esperes, probablemente. Y hablando de cosas inesperadas... En primer lugar, ¿recuerdas que yo quería reunirme con Maureen para quejarme de ese ridículo espectáculo de feria que ha montado en la esfinge?

—¿Sí? —dijo Nina, sintiendo una punzada de ira solo por oír aquel nombre. Ya había tenido bastantes motivos para no apreciar a la profesora Maureen Rothschild, aun antes de que dicha mujer se hubiera convertido en uno de los principales artífices de la caída en desgracia de Nina.

—Pues bien, accedió a verme por fin. Mañana, precisamente.

—¿De verdad? Estupendo.

—Tuve que emplearme a fondo para convencerla, como te puedes figurar. Pero, por desgracia, la segunda cosa inesperada es que... no puedo ir.

—¿Por qué no?

—He resbalado en la escalera, y ahora estoy aquí sentado con el pie vendado como una momia.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, preocupada.

—No es más que un esguince, gracias a Dios. Pero ¡qué ridículos son los peligros de la vejez! Cuando yo era joven, practicaba el salto con pértiga y el salto de altura, y no me doblé nunca ni un dedo del pie. ¡Ahora, me caigo dos palmos y estoy de baja una semana!

Soltó un *tchs* de consternación.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con lo de Maureen?

—Pues bien, te llamaba por eso. Tenía la esperanza de que fueras en mi lugar.

—¿Lo dices en serio? —dijo Nina, sorprendida—. ¡Si fue ella la que me despidió!

—Vale, sí que puede ser... violento. Pero lo que está haciendo ella es una parodia de lo que es la arqueología. Me parece que cada vez que enciendo el televisor están poniendo un anuncio de ese circo.

—Sí; los he visto —murmuró Nina. Los anuncios de la apertura en directo del Salón de los Registros habían sido constantes durante las dos últimas semanas, y a Nina le irritaban más a cada repetición.

—Eso no es ciencia, es un mercantilismo descarado. Y si allí no hay nada, nos salpicará a todos los demás profesionales de la arqueología, que quedaremos por tontos. Aunque no creo que vaya a servir para cambiar nada, alguien tiene que decir estas cosas a Maureen, por lo menos.

—¿Y quieres que se lo diga yo? Lo siento, Roger. Maureen Rothschild es una de las personas a las que tengo menos ganas de ver del mundo.

Hogarth hizo una pausa.

—Lo comprendo —dijo por fin—. Ya había pensado que seguramente no querrías; pero tenía que intentarlo. Una persona de tu nivel tendría más posibilidades de hacerle captar el mensaje.

Nina intentó contener su amargura.

—Ahora mismo no tengo un nivel demasiado alto para nadie.

—No te infravalores, Nina —dijo Hogarth, con un tono de riña que esta vez era más serio—. Una carrera profesional no termina por un tropiezo. Yo mismo he tenido unos cuantos.

—Pero no a la altura del mío.

—Ay, bueno —dijo Hogarth con un suspiro, dándose por vencido—; será cuestión de rezar por que todo este asunto no desemboque en un desastre.

—Esperémoslo. Que te mejores, Roger.

—Gracias. Y estoy seguro de que las cosas también mejorarán para ti.

Nina se despidió y colgó, soltando un suspiro triste. El café se había quedado frío, pero ahora estaba todavía menos animada que antes a salir del apartamento.

Grant Thorn cumplió su palabra y dio a Eddie quinientos dólares por un cartón de zumo. Cuando Eddie llegó al apartamento del Upper West Side, las dos *nenas* ya se habían marchado aunque, o bien a una se le había olvidado recoger su minúsculo tanga rosa del salón de Grant, o el actor tenía un fetichismo que no quería que llegara a oídos de la prensa del cotilleo.

Fuera como fuese, a Eddie tampoco le importaba: su trabajo consistía simplemente en evitar que Grant sufriera ningún daño físico. Cuando a Nina y a él los habían despedido de la AIP, Grant había buscado trabajo recurriendo a su amplia lista de contactos, tanto de su carrera militar en el Servicio Aéreo Especial, cuerpo de élite británico, como por su trabajo posterior como guardaespaldas y agente de seguridad autónomo. Sus posibilidades habían estado limitadas porque no estaba dispuesto a pasar mucho tiempo lejos de su nueva esposa; pero, por último, un amigo lo había puesto en contacto con un hombre llamado Charlie Brooks que tenía una *agencia de protección personal* para los ricos y los famosos de Nueva York. Los trabajos podían ser a horas intempestivas, pero al menos Eddie ganaba lo justo para que Nina y él salieran adelante.

Aunque habían tenido que prescindir de ciertas cosas, Eddie sospechaba que volvería a oír hablar de la mayor de todas cuando llegase a su casa; pero, de momento, estaba atendiendo a su trabajo. Grant acababa de gastarse en un traje italiano más de lo que ganaba Eddie en un mes entero cuando

estaba en la AIP, y la salida de tiendas no había terminado, ni mucho menos.

—Vale; ya tengo ropa para el acto del alcalde de esta noche —dijo el actor, mirándose en un espejo y haciéndose un ajuste milimétrico en el pelo engominado antes de encaminarse a la salida.

Eddie le abrió la puerta y se adelantó discretamente para comprobar que no había ningún problema en potencia en la Quinta Avenida. No los estaba esperando ningún admirador enloquecido ni ningún crítico de cine enfurecido.

—Entonces, vamos a ver... Ahora, a Harmann's.

—No es su estilo habitual —comentó Eddie. Aunque los trajes de esta sastrería estaban tan lejos de su presupuesto como la ropa de la tienda de la que acababan de salir, Eddie sabía que eran bastante más tradicionales.

—Necesito algo que ponerme mañana, tío —le explicó Grant—. Uno no conoce a un líder religioso todos los días.

Eddie hizo un gesto de extrañeza; hasta entonces, no había visto la más mínima indicación de que su protegido tuviera nada de espiritual.

—No sabía que estaba por aquí el papa.

—No es el papa, tío. ¡Mejor que eso! ¡Es mi hombre, Osir!

—¿Quién?

—¡Jalid Osir! El del Templo Osiriano, ya sabes.

—¿Esa secta?

Grant dio muestras de sentirse ofendido por primera vez desde que Eddie lo había conocido.

—¡No es una secta, tío! Es una religión de verdad; a mí me ha cambiado la vida. ¿Quieres seguir joven para siempre? Ellos te pueden ayudar a conseguirlo.

Se llevó las dos manos al rostro bronceado, de belleza blanda.

—Yo tengo veintinueve años, ¿no? Pues no he envejecido ni un día desde que tenía veintisiete. ¿Qué más pruebas necesitas, hombre?

—Tiene razón, supongo —dijo Eddie sin perder la compostura. Grant daba muestras de que se le pasaba el enfado.

—Entonces, esa... religión es cara, ¿eh? —preguntó Eddie.

—¡No! ¡No! No es ninguna estafa. Puedes donar lo que quieras. Y si quieres comprar sus materiales, es cosa tuya.

—¿Sus materiales?

—Ya sabes..., las cosas con las que te enseñan a seguir el camino de la vida eterna. Libros, DVD, suplementos dietéticos, tarros de arena de Egipto auténtica... esos trastos tan impresionantes, como pirámides pequeñas, que cargan de energía el aire de la habitación...

—Entiendo —dijo Eddie, que veía confirmadas sus sospechas acerca de los fines de la secta.

—Mañana voy a una reunión; tengo invitación vip. Me han avisado con poco tiempo, pero no me lo pienso perder por nada. Llegar a conocer a Osir en persona es como... como para una persona corriente conocerme a mí. ¡O a Jesucristo! Va a ser genial.

—Hablando de gente corriente... —dijo Eddie, conteniendo el sarcasmo.

Había divisado a tres mujeres jóvenes, con aspecto de ricas, que habían visto a la estrella de cine y soltaban grititos de gusto. Se plantó ante Grant para cerrarles el paso.

—Creo que podré hacerme cargo de esto, tío —dijo Grant, sonriente. Eddie se apartó, pero sin dejar de vigilar de cerca mientras las mujeres se acercaban haciendo sonar los zapatos Jimmy Choo.

—¡Hola, señoras! ¿Qué tal?

Una de las mujeres parecía al borde del sofoco y se daba aire con un bolso pequeño de Gucci, mientras las otras dos bombardeaban a Grant con alabanzas sobre su última película, refiriéndose más concretamente a la escena en que aparecía sin más ropa que unos calzoncillos.

—¿Nos podemos hacer una foto? —le preguntó una, extrayendo de su bolso un teléfono caro.

—Desde luego —dijo Grant—. ¿Puedes hacer los honores, tío?

Eddie tomó el teléfono e hizo un par de fotos mientras el trío de mujeres se apiñaba alrededor del actor. Parecieron encantadas con el resultado; dieron las gracias a Grant y se marcharon, ocupadas ya en enviar las fotos a todos sus contactos. La estrella las inspeccionó con la mirada mientras se alejaban e hizo un gesto de aprobación.

—Maldita sea; tenía que haberles pedido los números de teléfono, por si querían salir a tomar algo.

—¡Eh! —dijo alguien.

Los dos se volvieron y vieron a dos hombres. Uno era un tipo corpulento de veintitantos años, con el pelo engominado y que llevaba puesto un polo con el cuello levantado; el otro era más pequeño y con más aspecto de debilucho, y se refugiaba detrás del primero.

—Eres Grant Thorn, ¿verdad?

A Eddie le bastó con ver la sonrisilla burlona del grandullón para saber lo que iba a pasar: iban a insultar a su cliente. El hombre quería impresionar a su amigo y marcharse con una anécdota que podría contar con orgullo en el bar durante los años venideros. Se adelantó, mientras Grant respondía:

—¿Sí?

—Eres una birria, hombre —dijo el grandullón. Su sonrisilla se ensanchó—. Eres una verdadera birria jodida. Esa película

tuya última, *Nitroso*... Vaya mierda. Yo la vi en copia pirata, y todavía me quedaron ganas de pedir que me devolvieran el dinero.

Grant tenía el rostro petrificado con una sonrisa falsa y tensa.

—Y te diré una cosa más —dijo el hombre, satisfecho por haber logrado provocarlo. Levantó una mano con intención de clavar un dedo en el pecho de Grant.

Eddie intervino.

—Baja esa mano, amigo —dijo con voz tranquila a la vez que fría.

El del polo estuvo a punto de clavar el dedo a Eddie, pero se contuvo al apreciar la mirada intimidatoria del inglés.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a hacer algo? —dijo.

—Solo si tú quieres.

En el rostro del joven se reflejó la duda, y terminó por retroceder, seguido de su amigo.

—Jo, qué mayor, escondiéndose detrás de un guardaespaldas —dijo en voz alta mientras se alejaban—. ¡Sigues siendo una birria, Thorn!

—¡Mariquita! —añadió su amigo, aunque en voz no muy alta.

Eddie siguió vigilándolos hasta que estuvieron a una distancia prudencial de su cliente. Después, se volvió hacia Grant.

—¿Quiere que los identifique?

Grant, consternado, negó con la cabeza.

—Uf. Algunas personas... no tienen respeto. Gracias, hombre.

—Me dedico a esto, señor Thorn —dijo Eddie, encogiéndose de hombros.

—Eso es.

Se pusieron en marcha de nuevo.

—Claro que... yo mismo podría haberle plantado cara...

Eddie profirió una leve exclamación de incredulidad.

—No, tío, ¡en serio! Antes de rodar *Fuerza de temporal*, fui a un cursillo de entrenamiento. Como las academias para especialistas de cine, ¿sabes? Pasé una semana entera aprendiendo a disparar, a conducir deprisa y a luchar al estilo *krav magá*. Imponente.

—¿Una semana entera? —dijo Eddie—. Estoy impresionado.

Grant no captó su sarcasmo.

—Para seguir en la cumbre, tienes que ser bueno —dijo.

Continuaron bajando por la Quinta Avenida. El actor siguió llamando la atención de la gente hasta que llegaron a Harmann's. Para alivio de Eddie, solo se encontró con admiradores.

—¡Ah de la casa! —dijo Eddie al entrar en el apartamento—. ¿Cómo van las cosas? —añadió, alzando la voz para hacerse oír entre el sonido del televisor.

Tuvo su respuesta al ver una botella de vino vacía en sus tres cuartas partes.

—He tenido épocas mejores —respondió Nina.

—Estás bebiendo demasiado —la riñó Eddie mientras colgaba la chaqueta—. ¿Por qué está tan fuerte la tele?

—Porque es mejor que oír niños que lloran, o a la pareja de al lado, que vuelve a discutir, o la música que pone a todo volumen ese imbécil con cara de mono del piso de abajo. Odio este apartamento.

Se acurrucó, metiendo la barbilla entre las rodillas.

—Odio este edificio. Odio este barrio. ¡Odio todo este maldito municipio!

El barrio de Blissville, en el municipio de Queens, estaba encajonado entre la autopista de Long Island, un cementerio y un



río gris y triste bordeado de edificios industriales deteriorados; y apenas cabía pensarle un nombre más impropio que el que tenía<sup>2</sup>.

Eddie tomó el mando a distancia y bajó el volumen del televisor.

—Ay, vamos, Queens tampoco está tan mal. Puede que no sea Manhattan, pero al menos sigue siendo Nueva York. Podría haber sido peor; podríamos haber tenido que mudarnos a Nueva Jersey —añadió, intentando dar una nota de humor.

No dio resultado.

—No tiene gracia, Eddie —gruñó Nina—. Mi vida es una porquería total y absoluta.

Volvió la vista hacia la carta que estaba en la encimera.

—Esta mañana he recibido otra carta de rechazo. Además de las trescientas diecisiete que tenía ya. Mi carrera ha terminado. Dalton y esos otros canallas se encargaron de ello. Me han convertido en un hazmerreír, Eddie, ¡en un jodido hazmerreír! Siempre que salgo me parece que la gente me mira y piensa: «Mira, es esa tía loca que se cree que ha encontrado el jardín del Edén». Nadie me toma en serio.

—¿Y a quién coño le importa lo que piensen los demás? —replicó Eddie—. Si no los conoces, si no los vas a volver a ver, ¿por qué te tiene que importar? Hoy, en la Quinta Avenida, un pipiolo ha soltado a Grant cuatro frescas; pero él no se ha dejado estropear el día. Ni la vida.

—Entre él y yo hay una cierta diferencia, Eddie —dijo Nina—. Él es estrella de cine y millonario. Yo... no soy nada.

—Calla —dijo Eddie con firmeza—. No empieces con eso otra vez. Sí que eres algo, y lo sabes de sobra. Y del presidente Dalton ya nos ocupamos. Ahora es él el jodido hazmerreír. Tuvo que dimitir, y ya no nos puede hacer nada más.

---

<sup>2</sup> *Blissville*, «Villa Felicidad». (N. del T.).

—Ya hizo bastante.

Un largo suspiro; la melancolía le caía encima de nuevo como un manto húmedo.

—No voy a poder trabajar nunca más en arqueología.

—Sí que podrás.

—No podré, Eddie.

—Dios, si se supone que aquí el pesimista soy yo...

Eddie abrió la nevera y encontró un hueco en el lugar donde esperaba ver un cartón.

—¿Has comprado leche?

—No; se me olvidó.

—¿Cómo? —exclamó Eddie, cerrando la nevera de golpe—. ¿Cómo se te ha podido olvidar? Te dejé una nota.

—No he salido.

—¿Que no has...?

Eddie alzó las manos al cielo.

—Hay una tienda a la vuelta de la esquina, pero ¿ni siquiera te has podido dignar ir hasta allí porque te has pasado todo el día lamentándote y viendo la televisión?

—No he estado lamentándome —dijo Nina, sintiendo una punzada de rabia a través del manto—. ¿Es que crees que lo paso bien con todo esto?

—Lo que sí sé es que yo no.

A Nina no le gustó su tono.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Quiero decir que no me gusta ver deprimida a mi mujer!

—¿Y qué quieres que le haga yo? —le espetó ella, poniéndose de pie—. ¡Me han quitado todo a lo que me dedico!

Señaló con una mano el televisor, en el que aparecía la cara de la Gran Esfinge: un nuevo anuncio de la apertura en directo.

—Y, además, estas chorradas sensacionalistas, para res-tregármelo por la cara. ¡Eso no es arqueología como es debi-

do, es un montaje publicitario! Y yo no soy la única que pienso así. Ha llamado por teléfono Roger Hogarth. Quería ir a las Naciones Unidas para cantarle las verdades a Maureen Rothschild; pero no puede ir, y me pidió que fuera yo en su lugar.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Le he dicho que no, evidentemente.

—¿Qué?

No era, ni mucho menos, la primera vez que Eddie oía sus protestas acerca de aquella excavación en Egipto, y ya estaba harto.

—¡Joder, Nina! Si tanto te fastidia, ¿por qué no haces algo al respecto?

—¿Como qué?

—¡Como decir a Maureen Rothschild que lo que está haciendo es una mierda! En vez de quedarte aquí sentada, sintiendo lástima de ti misma y quejándote cada vez que sale ese condenado anuncio. ¡Quejate a ella! ¡Ahora que tienes la oportunidad, vete a las Naciones Unidas y dile a esa vieja bruja con todo detalle lo que piensas de todo esto!

—Está bien —exclamó Nina, más que nada para hacerlo callar y quitárselo de encima—. ¡Lo haré! Llamaré a Roger y le diré que he cambiado de opinión.

—¡Bien! ¡Por fin! —dijo Eddie. Se dejó caer en el sofá, cuyos muelles crujieron. Después de unos momentos de silencio, alzó la vista hacia ella—. Lo siento —dijo—. No pretendía enfadarme. Es que no me gusta nada verte así.

—A mí tampoco me gusta nada estar así —respondió ella, sentándose a su lado—. Es que...

—Ya lo sé —dijo él, rodeándola con un brazo—. Pero ¿sabes una cosa? Tú y yo formamos un equipo bastante bueno. Lo arreglaremos juntos. De alguna manera.

—Sería más fácil si pasaras más tiempo aquí. ¡Como si las cosas no fueran lo bastante malas de por sí, apenas puedo pasar una tarde con mi marido! Estoy yo sola, con episodios viejos de *CSI Miami* —dijo, señalando la imagen de colores sobresaturados que aparecía en el televisor—. Te veo tan poco que empiezo a sentir, hum... cierto apego hacia David Caruso.

—¿Qué? Vale, ¡tengo que pasar más tiempo en casa, desde luego!

Soltó un bufido, y acarició a Nina en el cuello.

—Mira, voy a hablar con Charlie —dijo—. Puede que tenga clientes a los que no les guste salir de noche.

—Entonces no les hará mucha falta un guardaespaldas, ¿no? Y nos hace falta el dinero.

—El dinero me toca los cojones —dijo Eddie con firmeza—. Tú eres más importante. Mañana tengo que pasarme el día entero con Grant Thorn otra vez; pero ya pensaré algo.

—Entonces, ¿me voy a quedar sola con Caruso otra vez? Tendré que comprarme más pilas.

Eddie hizo una mueca humorística de repugnancia.

—Dios, ya estás haciendo bromas tan groseras como las mías.

—Bueno, ¿no dicen que los casados acaban pareciéndose el uno al otro?

Nina consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa, y echó una ojeada hacia la puerta del dormitorio.

—Y ¿sabes? Hay otra cosa que se supone que hacen las parejas casadas. Hace días que...

—Me encantaría —dijo él, frotándose los ojos—, pero estoy hecho polvo, de verdad. Y si mañana tengo que cuidar de Grant hasta Dios sabe qué hora, tendré que dormir bien esta noche.

—Ah —dijo ella, intentando disimular su desilusión—. Bueno, a lo mejor mañana por la mañana, ¿eh? Para cargarme las pilas antes de ir a las Naciones Unidas.

—Tengo... que trabajar —dijo él, bostezando ostentosa-mente para justificar sus evasivas—. Grant se quiere comprar un traje para no sé qué acto religioso de mañana.

—Teniendo en cuenta lo aficionado que es a las fiestas, no lo habría tomado por una persona religiosa.

—No es una religión de verdad; es una secta idiota. Se llama el Templo Osiriano.

A Nina le sorprendió la coincidencia.

—¿Ah, sí? Vaya. Son copatrocinadores de la excavación en la esfinge.

—Pues, entonces, seguro que no les va mal. Hay muchos tontos con dinero.

—Hay cosas que no cambian nunca.

Eddie sonrió y se puso de pie.

—Quiero darme una ducha antes de que nos acostemos. ¿Estás bien?

Nina volvió a hundirse en el sofá.

—De momento, sí. A largo plazo... no lo sé.

—Ya saldrá algo —la tranquilizó él—. Estoy seguro.

—¿Cómo estás tan seguro?

Él no encontró respuesta.